

BALCONADAS Y TECHUMBRES DE MADERA EN MULA

El objeto de estas líneas es describir un aspecto inédito de este bello pueblo de la provincia de Murcia que es Mula, cuyo castillo sirvió de baluarte, al igual que los de Jumilla, Yecla y Caravaca, para defender los confines del Reino de Valencia.

En primer lugar presentamos unas balconadas que se encuentran en trance de desaparición en una de las numerosas casas y palacios que la familia Blaya poseía en Mula, pero que no corresponden a la propia casa solariega, que estuvo en otro lugar de la población. La casa en cuestión se sitúa en la confluencia de las calle de Doña Elvira y de Los He-



Balconadas de la Casa de los Blaya. Mula.

rreros, encontrándose la puerta principal en la primera; toda ella es una gran portada de sillares, con recerco de piedra, y ocupa el número 29 de dicha vía.

El interior fue testigo de muchas reformas llevadas a cabo, desde su construcción en el siglo XVIII, y en él destaca un hermoso salón de principios del XIX, cuyos ventanales dan a lo que antaño fue frondoso jardín. Las balconadas, objeto de nuestro estudio, son de forma octogonal, apoyadas en el «estribado», formado por vigas de madera, magníficamente ejecutadas, y existen en los rincones de los octógonos cuatro cuadrantes, que sirven de apoyo a los paños que así resultan. Se sitúan —como se ve en la fotografía— una encima de otra y, sobre las vigas, se apoyan largos listones de madera, fuertemente unidos, que forman el entarimado de los corredores, los que conducen a las habitaciones del primer piso, y a los desvanes del segundo. La barandilla, hecha

de barrotes torneados, cubre su tercio inferior, con tres plafones, que contienen una hendidura en diagonal. Estas balconadas dan sobre un patio de medianas dimensiones, desde el que se distribuyen las dependencias de la planta baja. La puerta de las bodegas y un vestíbulo que conduce a la entrada principal, completan el conjunto del patio, el cual recibe luz por algunos ventanucos que hay en la cúpula, octogonal. La escalera de acceso a las balconadas corre entre dos muros, del ángulo suroeste del patio. El estado actual del conjunto es de ruina casi total, estando afectado de carcoma; faltando algunos barrotes y habiendo sido seriamente dañado por un incendio a principios de este siglo.

Recientemente se ha descubierto un «artesonado plano», según Ráfols, que se encuentra en lo que fue hospital, y luego iglesia de la Purísima, contigua al convento de PP. Franciscanos. Todo el conjunto se halla sobre seis arcos fajones, sin descansar en ellos, y lo hace en unos conglomerados de yeso, piedra y ladrillo, a modo de pilares, en los que se incrustan sus cincuenta y cinco vigas, divididas en dos vertientes, de veintisiete vigas cada una y otra central. Sobre esta vigería descansan directamente los plafones, que se adhieren al tejado por medio de clavos de hierro.

Estos plafones se encuentran adornados con estrellas de ocho puntas, variando el número de aquéllas, de cinco hasta ocho, según el plafón. Son los plafones de color blanco y con hojas rojas o verdes, sobre fondo negro, y están separados entre sí por tapajuntas, rojos en su parte inferior, moteados de blanco, y los laterales en triángulos blancos y negros alternos, existiendo trece plafones entre cada dos vigas. Más interesantes todavía son las vigas, que siguen el eje principal de la iglesia (oeste-este), profusamente decoradas con guirnaldas de flores y motivos geométricos, ondulados, a lo largo de su superficie, habiendo una excepción, constituida por una viga que se encuentra junto a la central y en la que se distinguen canes, ciervos, pájaros y hasta tres caras. Los colores que se usaron eran blancos, ocre y negros, haciéndose los fondos con estos últimos. En la viga central se lee, también en negro, la siguiente inscripción, sobre fondo blanco: «Postrero día de octubre año 1573, se acabaron estas dos arcadas». Entre viga y viga, en la pared, y en sentido transversal, hay cuñas, separadoras, en las que, sobre fondo negro, se encuentran representados, en

ocre, motivos florales. Lo realmente sorprendente es que sólo se empiezan a decorar las vigas y plafones a partir de la octava de cada vertiente, estando el resto del techo pintado, aunque los colores acusan el paso del tiempo.

Este artesonado es semejante al que nos cita el profesor Pérez Sánchez, como existente en Caravaca, en la iglesia de la Concepción, diferenciándose en que aquél descansa, como decimos, sobre pilares de argamasa y éste lo hace sobre arcos apuntados, directamente.

También de Mula, traemos el techo, que se encuentra en lo que fue campanario de Santa María de los Olmos —hoy convento de Santa Clara, de religiosas Descalzas Reales, como las de Trujillo y Madrid, del Real Monasterio—, construcción de sillares, hecha por Francisco de Campos en 1540. Consta esta torre de tres cuerpos, encontrándose el artesonado en el primero de ellos, que se halla en comunicación con la iglesia de la Encarnación.

Es muy semejante al anterior, y se diferencia en que no se apoya en conglomerados de mampostería,

sino sobre cuatro «jácenas» que sostienen seis «cartelas» de piedra. El número de vigas es de diez, con colores y motivos parecidos al descrito antes; pero la novedad estriba en los plafones, que, en número de diez, por cada dos vigas, presentan nuevos motivos, como círculos concéntricos, rodeados de líneas onduladas, en amarillo y rojo; separan los plafones tapajuntas iguales a los descritos en la iglesia de la Purísima, y también en una de sus jácenas se observa una indescifrable leyenda.

El artesonado, aunque se encuentra ahumado, es el mejor conservado de los tres descritos, siendo imposible de fotografiar con aceptable calidad, aunque en breve se va a proceder a su limpieza, que le devolverá su primitivo aspecto.

Estos ejemplares estudiados son una muestra más del arte mudéjar estudiado con profusión por el profesor Garín, incluso en localidades tan próximas a ésta, como es Totana, y que deben ser conservados como restos inapreciables.

JUAN GONZALEZ CASTAÑO